

ALEJANDRO PAPADIAMANDIS: CIEN AÑOS DE SU MUERTE

A un siglo de su muerte, Alejandro Papadiamandis (Skiathos 1851-Skiathos 1911) es una figura verdaderamente singular en las letras neogriegas. Se lo ha considerado uno de los prosistas más originales de la Grecia Moderna y algunos lo han llamado el Dostoievski o el Dickens del neohelenismo. Su vida fue dura y la pobreza no lo abandonó hasta su temprana muerte. Sus trabajos nunca estables ni bien remunerados giraron en torno a las traducciones para diarios y revistas y la entrega de cuentos por encargo.

Conocedor de la vida de la isla y del mar, de las penurias del pobre, del humilde; religioso él y sabedor de la religiosidad y las costumbres populares, en su escritura es maestro en trazar tipos humanos, en describir situaciones y escenas de la vida del pueblo especialmente el insular. Su visión de los personajes parece llena de amor y de benignidad ante las debilidades y las desdichas de los seres humanos. Como expresa uno de los destacados estudiosos de su obra, Georgios Valetas, Papadiamandis “siente una gran simpatía por los humildes y los acosados de la vida, los marinos golpeados por el mar, las muchachas solas, las madres de mantilla negra y ancianas, las viudas, los huérfanos, los defectuosos para quienes la naturaleza ha sido una madrastra sin amor, las jóvenes isleñas abandonadas por el destino, los desterrados que desaparecen en el océano de la lucha por la sobrevivencia y retornan después de años, como restos de naufragio, a la isla; los dolores, los anhelos, las bellezas y los idilios de su isla. De todo esto, compone un panteón de formas y tipos, un cuadro polimórfico de la vida isleña, y se demuestra como un gran pintor y un insuperable rapsoda de ella”.¹ Y todos estos elementos aparecen iluminados por una delicada poesía y una nostalgia a veces tenue, a veces desgarradora.

Papadiamandis escribió alrededor de doscientos cuentos y varias novelas. Entre éstas hay que mencionar *Los emigrantes*, *La gitanita*, *Jristos Milionis* y *La asesina*, verdadera obra maestra, y sin duda una de las más hermosas novelas neogriegas.

¹ Muy importante es la obra de GEORGIOS VALETAS, *Papadiamandis: Su vida, su obra, su época*, Ed. Ir. G. Sakalís, Atenas, 1955.

Singular es también Papadiamandis por la lengua que utilizó y que dificulta un tanto su lectura por las generaciones actuales de griegos. En efecto, empleó una forma de *katharévusa* sencilla, con algunos elementos dialectales de la isla de Skiathos. Puede parecer paradójal decir que esa *katharévusa* participa de la poesía y de la maestría descriptiva del autor.

La obra de Papadiamandis

La totalidad de la creación de Papadiamandis fue publicada en Atenas en cinco tomos, más uno de estudio, a cargo de Georgios Valetas, en 1954. Otra edición completa en tres volúmenes publicó Evi Veis-Seferli en 1962. Entre 1981 y 1988 apareció la edición de N. D. Trandafilópulos, en cinco tomos. La Sociedad de Ediciones Griegas, en la serie Obras Completas de Clásicos Neogriegos, publicó a Papadiamandis en tres voluminosos tomos, al cuidado de Mijalis Peranthis y con introducción suya, sin fecha (posiblemente 1960-1970). Hasta esa publicación había habido diversas ediciones de colecciones de cuentos y de algunas de las novelas. Pero los principales medios de difusión de los relatos de este autor —medio exclusivo, en griego, en vida suya²— fueron diarios y revistas. Junto al gran poeta Constantino Kavafis, Papadiamandis es el gran prosista que no publicó un libro en su vida. En 1877, con 26 años, Alejandro Papadiamandis dio a conocer dos series de artículos en el diario *Efimeris* de Atenas, bajo los títulos de “La Semana de la Santa Pasión” y “La Santa Pascua”. Tres años después, en el diario *Neologos* de Constantinopla, aparece una primera novela histórica, *La emigrante*, en forma de serie. En 1882, en la revista satírica *Mi jánese*, se publica la novela *Los comerciantes de las naciones*. Al año siguiente, otra novela, *La gitanita*, ve la luz por entregas en el diario *Acrópolis*. En la revista *Hestia* apareció en 1885 una nueva novela histórica, *Jristos Milionis*, con un tema de la lucha de los guerrilleros, los kleftes, contra el dominio turco.

En 1887, cuando había trabajado varios años como traductor para diarios de Atenas y ejerce como cantor en la pequeña iglesia de San Eliseo, en Monastiraki, Papadiamandis comenzó a escribir cuentos. Éstos, junto a *La asesina*, constituirán la parte más importante de su creación. Los cuentos aparecerán en diversos diarios, dispersos. Igualmente dispersas serán publicadas por diversos

² El único libro —pequeño, de 34 páginas—, publicado en vida de Papadiamandis, está en francés: *Un rene sur les flots suivi de L' amour dans la neige*. Traduction JEAN DARGOS, La Monde Hellénique, Paris-Athenes, 1908.

editores sus traducciones de historiadores, poetas, novelistas. Algunos nombres de autores traducidos por Papadiamandis son George Finley, Thomas Gordon, Anatole France, Mark Twain, William Blake, Christie Dutton, H. Blümmer, Flaubert, Daudet, Maupassant, Turgueniev, Dostoievsky³.

A partir de 1912 aparecen numerosas ediciones autónomas, entre las que destacan en número las de *La asesina*. Igualmente, se publican traducciones al francés, inglés, italiano, sueco, húngaro, rumano y castellano.

A fines de los años de 1890, dos críticos de gran autoridad, el prosista Gregorio Xenópulos y el poeta Kostís Palamás, reconocieron méritos nada corrientes en este escritor pobre, alejado de los círculos de la sociedad y de la cultura atenienses, y cuyas obras estaban escritas en una lengua katharévusa sui generis, a veces con elementos dialectales de la isla de Skiathos, con un estilo que algunos tildaban de poco elaborado. Xenópulos se había referido en 1896 a Papadiamandis en la serie “Nuestros cuentistas uno a uno”, en el diario *Asti*, de Atenas. A su vez, Palamás, en el mismo diario, en su artículo “Libros neogriegos”, había abogado porque la obra dispersa de Papadiamandis, a quien llamaba “el gran pintor de los humildes”, fuera editada en un volumen.

La asesina, como las otras novelas de nuestro autor, apareció por entregas en la revista *Panateneia*, entre el 15 de enero y el 15 de junio de 1903. Ese año y en esa misma revista se publicó el histórico estudio de Gregorio Xenópulos sobre Kavafis, que abrió el camino de la difusión y el reconocimiento del poeta alejandrino en Atenas. Para Papadiamandis, la aparición de *La asesina* marcó el principio de un reconocimiento más amplio, pero también de polémicas en torno a su obra. La vida modesta y nada fácil del escritor no cambió. Siguió entregando sus relatos y haciendo traducciones para sobrevivir. En 1908 viajó por última vez a su isla. No regresó a Atenas y murió en Skiathos, de pulmonía, el 2 de enero de 1911, antes de cumplir 60 años.

Después de su muerte, aparecieron homenajes al escritor en las revistas *O Kalitejnis* de Atenas, *Neon Pnevma* de Constaninopla, *Jaravyí* de Mitilene y *Anatolí* de Esmirna. Antes, en 1908, la revista *Nea Zoi* de Alejandría había publicado el primer homenaje al escritor, con contribuciones de Kavafis, Xenópulos y Palamás, entre otros. Es de destacar que la valorización de la obra de Papadiamandis por

³ N. D. TRIANDAFILÓPULOS: “O metafrastís Papadiamandis”, Papadiamandis, traductor, *Heptá Himeres*, 24.12.2000.

estas tres grandes figuras de las letras griegas fue hecha y publicada en vida del prosista de Skiathos.

En España se publicó en 1991 la traducción de *La asesina*, realizada por Teresa Sempere⁴. El prestigioso anuario *Más cerca de Grecia*, de la Universidad Complutense de Madrid, dirigido por la profesora Penélope Stavrianopulu, dedicó a Papadiamandis su número 8, de 1992, en el que, sin duda, deben aparecer, además de estudios, traducciones de relatos suyos. En el volumen 14, de 1998, dedicado al costumbrismo griego, aparece el texto del cuento *Óniro sto kima* y su traducción por María Rosa Mariño, con el título de *Sueño sobre las olas*. En 2004, la Universidad de La Laguna editó un tomo de relatos, en traducción de la profesora Isabel García Gálvez, con prólogo de Constantino Tsatsos, en la serie Textos del Seminario de Literatura Neogriega. Los cuentos incluidos son: *Bajo la encina real*, *Sueño en la ola*, *El lamento de la foca*, *La chimenea*, *El americano*.

En Chile, el Centro de Estudios Griegos, en *El cuento griego moderno Antología*, 1989⁵ publicó el cuento “El amor en la nieve”, en traducción de quien escribe. El año 2001, gracias a la gentileza de la estudiosa española Teresa Sempere, el Centro pudo publicar su traducción de la obra maestra de Papadiamandis, *La asesina*⁶.

Es verdad que se pueden intentar diversas aproximaciones a la obra de Papadiamandis y varios enfoques que podríamos considerar globales. Acaso todos son válidos según sea el punto de partida del estudioso. Al margen de discusiones y polémicas, hay una serie de aspectos que son claramente perceptibles. En sus narraciones se refleja un profundo conocimiento de la vida de los pobres, especialmente en las islas; amor por los humildes y por su manera de vivir y de sentir; conocimiento de la mitología popular neogriega; amor por la naturaleza y exaltación de ella; contemplación de los misterios del alma humana, en especial frente a la realidad del bien y del mal⁷. Se nos presenta la maldad, pero también

⁴ A. PAPADIAMANDIS: *La asesina*. Traducción Teresa Sempere, Introducción Teresa Sempere “Realidad y vida popular en la narrativa de Papadiamandis”. Cañel Ediciones, Madrid 1991.

⁵ A. ZORBAS, C. GARCÍA ÁLVAREZ, E. CHACÓN (Editores): *El cuento griego moderno. Antología*. Centro de Estudios Griegos, Santiago 1989.

⁶ A. PAPADIAMANDIS: *La asesina*. Traducción Teresa Sempere, Introducción M. Castillo Didier. Centro de Estudios Griegos, Santiago 2001.

⁷ Ha sido éste un punto de reflexión a veces polémico entre los estudiosos. Al respecto recordamos: V. ATHANASÓPULOS: “Papadiamandis y el mal”, *Diavazo* N° 165, 1987; J.K. KOLIVÁS: “La perspectiva ortodoxa en la obra de Papadiamandis”, *Diavazo* N° 165, 1987; M. JALVATZAKIS:

la bondad; las debilidades del ser humano, pero también su fortaleza espiritual. La religiosidad de Papadiamandis acaso era sentida como la religiosidad de la comprensión de la debilidad humana; del perdón o quizás más bien de una visión benigna, piadosa, del pecador.

Una larguísima galería de personajes se pinta en sus cuentos y novelas. No pocos de ellos hacen el mal. “Papadiamandis empuja a sus personajes hacia una conducta cada vez más ‘maldita’, siguiendo la onda del pesimismo naturalista”, afirma Mario Vitti⁸. Pero pensamos que aún en los casos que pudieran parecer extremos, hay una especie de iluminación por la piedad y por la poesía. “Un sugerente aroma de poesía se difunde en las páginas de Papadiamandis”, escribe Peranthis⁹. Quizás en pocos autores puede hallarse una especie de fusión de compasión y poesía, de piedad hacia el que sufre, de una piedad nimbada de poesía. Acaso esto sea lo que hace tan conmovedora la lectura de muchas de sus obras.

Heleni Politu-Marmarinú ha dedicado un lúcido estudio a esta materia: “Lo poético de la obra de Papadiamandis”¹⁰. Odiseo Elytis ha sido uno de los que han destacado la “poeticidad” de nuestro autor en *La magia de Papadiamandis*. “Hoy la prosa no tiene sentido, no “se sostiene” sino por lo que queda afuera y muestra que sabe durar más allá de la acción [narrada]. Las virtudes de tal duración es lo que busco en Papdiamandis como poeta. Nos hallamos lejos del realismo que caracteriza a Papadiamandis y sin embargo muy cerca del segundo sentido que cobran personas y cosas en su mito; basta sostener el espejo de modo distinto frente a ellos [...]. Ciertamente que si uno examina sus relatos con espíritu de estudioso antipático, comprobará un realismo que casi desencanta [...]. Pero en el momento en que Papadiamandis se pone a cambiar su relato en dirección a lo improbable, seguro es que se debe a ese factor indefinible que es el elemento poético, y que muy raramente da su luz sin traicionarse en las cabezas de los prosistas de profesión”¹¹.

Papdiamandis a través de su obra, Alejandría, 1960; K. STERYÓPULOS: “Papadiamandis hoy. Difusión y características de su prosa”, en *Papdiamandis: veinte textos sobre su vida y su obra*, Prólogo y selección N. D. TRIANDAFILÓPULOS, Atenas, 1979; G. THÉMELIS: *Papdiamandis y su mundo*, Tesalónica, s.f.

⁸ M. VITTI: *Historia de la literatura neohelénica*, Traducción al griego de Mirsini Zorbá, Ediciones Odiseas, Atenas 1987, p. 301.

⁹ M. PERANTHIS: “Aspectos de su prosa”, en A. PAPADIAMANDIS: *Obras Completas*, Introducción y cuidado de Mijalis Peranthis, Sociedad de Ediciones Griegas, Atenas, s. f., vol. II.

¹⁰ Se publica completo en *Diavazo*, número ya citado.

¹¹ O. ELYTIS: *La magia de Papadiamandis*, Ediciones Gnosi, Atenas, 1986, pp. 18-19 y 20.

P. Mulás se refiere también, como otros críticos y estudiosos a lo poético en la prosa de nuestro autor: “A pesar de sus evidentes defectos, la obra de Papadiamandis no deja de ejercer sobre nosotros un particular encanto [...]. Muchas veces, algo del estremecimiento que nos provocan los grandes poetas surge tras su nostalgia”¹².

Para Linos Politis, “la nostalgia es el elemento básico y permanente en Papadiamandis; es su fuerza y su debilidad”¹³. A esa presencia de la nostalgia y de la ensoñación poética atribuye este estudioso los “defectos” de estructuración e ilación que se han señalado no pocas veces en su narrativa. “La ausencia de construcción se debe la mayor parte de las veces a la naturaleza de su nostalgia y ensoñación. Las ideas desligadas de un esquema predeterminado siguen el camino del ensueño —y esa falta de conexión constituye una virtud y posee un encanto”.

Papadiamandis supo captar algunos rasgos básicos del carácter griego, negativos y positivos, pero superando el costumbrismo en muchos de sus relatos. Habría que recordar *El amor en la nieve*, *Guardia en el lazareto*, *Riberas rosadas*, *Sueño del 15 de agosto*, por ejemplo, y entre las novelas, *Jristos Milionis* y *La asesina*.

El mismo escritor fue un personaje popular, pobre, religioso, que vivió entre gente modesta y en barrios modestos. El poeta Kostas Várnalis recordaba así la persona de Papadiamandis: “Cuatro años vivimos al lado del más grande narrador griego y, según la justa paradoja de Malakasis, junto al más grande poeta griego, a Alejandro Papadiamandis. Pobremente vestido y retraído, con su barba y su temor a la gente, frecuentaba el café de Barbayanis [...]. Papadiamandis acostumbra a sentarse afuera del café, en la parte de atrás, junto a la ventanita del fogón. Por la ventanita compraba su café o pedía fuego para prender su cigarro. Lejos de todos los otros clientes, aislado, cruzaba sus brazos, doblaba su hierática cabeza y se sumergía en sus ensoñaciones creadoras: en su verdadera vida”¹⁴.

¹² P. MULÁS: *A. Papadiamandis autobiografiado*, Ediciones Hermis, Atenas, 1974, “Introducción”, p. 84, citado por Heleni Politu-Marmarinú, *op. cit.*, p. 53.

¹³ L. POLITIS: *Historia de la literatura neohelénica*, Prólogo, traducción directa y suplemento de Goyita Núñez. Editorial Cátedra, Madrid, 1994, p. 74.

¹⁴ ÁNGEL MANDAS: “Testimonios y estudios sobre la persona y la obra”, en *Heptá Himeres*, Homenaje a Papadiamandis, 24.12.2000, p. 15.

La asesina

Con muy pocas excepciones, quienes se han ocupado de la obra de Papdiamandis han considerado *La asesina* como su obra maestra. “Es la obra fundamental de su vida y justifica mejor que cualquier otra a Papdiamandis. Obra de madurez y a la vez una de las obras maestras de nuestra literatura”, escribe Kostas Thrakiotis¹⁵. Politis destaca en la novela su “gran fuerza descriptiva del alma humana”¹⁶.

Como resulta natural, dadas las características del personaje principal, Frangoyanú, en esta mujer trágica se han centrado las observaciones de los estudiosos. Ella aparece como una “figura enigmática y completamente ajena a los ingenuos, muchas veces maliciosos, pero siempre de buen corazón isleños que inundan las otras narraciones” de Papdiamandis¹⁷. Es como si en Frangoyanú se hubieran personificado todos los sufrimientos de la mujer griega pobre, maltratada casi desde su nacimiento y no deseada antes de venir al mundo. En la época y en el medio de Frangoyanú, no pocas mujeres pudieran haberse hecho reflexiones parecidas a las de ella, en cuanto a “la desgracia de ser mujer” y la mala suerte de un padre de “tener niñas” y no varones. Pero quizás no seguirían el camino de rebeldía, concretada en acción que tomó Frangoyanú. Para Thrakiotis, la “trágica heroína se eleva como un símbolo de protesta, frente a la existencia humana y la ley social”¹⁸.

El drama de la mujer se desarrolla en el ambiente de una isla griega pobre, en un paisaje seco, árido, duro, pedregoso; en la Grecia isleña, rural del siglo XIX, Grecia de la pobreza, de la dura sobrevivencia popular, de la mujer discriminada y muchas veces maltratada. Resulta, sin duda, impresionante seguir los pasos de Frangoyanú: da muerte a su nieta recién nacida; luego hace morir ahogadas a dos niñas pequeñas; más tarde no interviene para intentar salvar a una niña que cae en un pozo y a la cual recién había deseado que cayera. En un momento, la mujer piensa que Dios ha querido cumplir el “buen deseo” que ella recién expresó. Pero es esta muerte en la que no tuvo parte, la que, paradójicamente, pone primero en sospecha y luego en acción a la policía. Después, ya durante

¹⁵ KOSTAS THRAKIOTIS, *Historia de la literatura neobelénica*, Ed. Difros, Atenas, 1965, p. 96.

¹⁶ L. Politis, *op. cit.*, p. 175. Sobre la estructura de la novela: Yangos Andreadis: “La asesina. Un análisis estructural”, *Diavazo*, N° 165, 1987, pp. 109 y s.

¹⁷ *Ibidem*, loc. cit.

¹⁸ K. THRAKIOTIS, *op. cit.*, p. 96.

su desesperada fuga por las montañas, Frangoyanú está a punto de dar muerte a una recién nacida, hija de un pastor, en cuya casa se refugia; y, tras un intento frustrado, asesina a la hijita de un hortelano.

Como lo destaca, Vanyelis Athanasópulos, el objetivo de Frangoyanú “es bueno. Es aquello que ella cree que es bueno: mata a las niñas pequeñas para aliviar a los padres de la carga y para librarlos de futuros sufrimientos. No hace el mal por el mal, sino que lo hace para el bien. No siente ningún horror frente al mal. Su actitud aparece como enteramente natural y lejos de cualquiera atracción consciente por el pecado”¹⁹. En cuanto a las criaturas asesinadas, el razonamiento de la mujer es impecable desde su punto de vista. Si sólo han de sufrir en la vida, ¿por qué no desearles ser felices de inmediato en el cielo, donde serán angelitos y estarán rodeadas de ángeles? Lo malo sería desearles el largo sufrimiento de una vida.

Las descripciones, breves, compactas, tanto de los lugares como de los estados de ánimo de Frangoyanú, son parte importante de la impresión que produce la larga huida de la asesina; contribuyen en buena medida a crear un ambiente alucinante. Ya el poeta Kavafis, en el homenaje rendido a Papadiamandis en la revista *Nea Zoí*, de Alejandría, en 1908, destacaba “la fuerza descriptiva” del novelista. Señalaba al respecto varios cuentos como ejemplos y se refería a esta novela: “¡Qué bellamente descritas en *La asesina (Panathinea*, t. 5º, octubre 1902-marzo 1903) están las noches que pasa en vela Frangoyanú al lado de su nietecita en la casa de Deljaró; y también su paseo matutino por el olivar, con su entrada en la Iglesia de San Juan del Refugio [el Oculito], y la fatal visita al huerto de Yanis el hortelano; y también las escenas de la lavandería del tío Romáis!”²⁰.

Durante la angustiada huida, hay pasajes en que impresiona hondamente el contraste entre la angustia de la mujer y la serenidad plácida de los paisajes que surgen en su camino. Después de cometer su último asesinato durante el transcurso de su angustiada fuga, Jadula (Frangoyanú) sale agitada de la casa del pastor Liringos y corre. Mientras sube la escarpada montaña, su alma está presa del terror, pero... “Era un dulce amanecer de mayo. La claridad azulada y rosa del cielo recubría con el color de la miel las hierbas y los arbustos. Se oía el

¹⁹ N. ATHANASÓPULOS, *op. cit.*, p. 74.

²⁰ K. P. KAVAFIS: *Prosas*, Traducción de José García Vázquez y Horacio Silvestre Landrobe, Introducción y notas de H. Silvestre Landrobe, Ed. Tecnos, Madrid, 1991, p. 145.

canto de los ruiseñores en el bosque e innumerables pajarillos celebraban con ardor y ansiedad un concierto inefable”.

La mujer, concedora de la naturaleza de su isla, de yerbas, aves, montañas, quebradas, se dirige a veces a los seres y elementos que va encontrando. Cuán conmovedor es el pasaje de la llegada de la fugitiva a la Fuente del Pájaro:

“Era una fuente situada en la cima de una alta roca, sobre la que se formaba una pequeña meseta resbaladiza, de tierra llena de musgos y otras hierbas húmedas, que parecían navegar para no resbalar y caerse. De aquella fuente, realmente, sólo las aves del cielo podían beber. Jadula se agachó y bebió. –¡Ah! ¡Puesto que bebo de vuestra fuente, pajarillos míos – dijo–, concededme también la gracia de volar como vosotros...!”

Página maestra es aquella del contrapunto entre la fugitiva y el Padre Ioasaf, un monje eremita, que vive allá en la soledad de las pedregosas alturas, por donde corre la mujer para salvarse. Ella expresa su dolor y su angustia con comparaciones sencillas, que surgen de su alma campesina. El monje le contesta con la poesía de un salmo que está en armonía con la tristeza y aflicción de la pobre anciana.

“El padre Ioasaf vino a llenar un cántaro de agua y al ver a Frangoyanú la saludó.

–¿Cómo tú por aquí, anciana? Un poco pensativa te veo...

–¡Ay, hijo mío!... –dijo Frangoyanú–. Tengo tormentos y sufrimientos. Los tormentos no están ausentes de este mundo, anciana... Por mucho que lo intente el hombre, no puede evitarlos...

–¡Ay Padre Ioasaf! –dijo Frangoyanú en una efusión llena de tristeza ¡Quisiera ser pájaro y volar!

–“¿Quién me dará alas como a las palomas?”– dijo Ioasaf recordando el salmo.

–Quisiera irme de este mundo, padre... ¡Ya no puedo más!

–“Te alejaste huyendo y te ballaste en el desierto” –volvió a decir el viejo monje.

–Una gran tormenta ha caído sobre mí, padre, y un gran desfallecimiento me ha invadido.

–Que Dios te libre, hija mía, “del desfallecimiento y de la tempestad” –prosiguió Ioasaf, continuando el salmo.

—De la maldad, de la calumnia, de la envidia no puede escapar el hombre.

—“*Húndelos en el abismo, Señor, y divide sus lenguas, porque he visto iniquidad y discordia en la ciudad*”—concluyó el padre Ioasaf.

Luego, después de llenar su cántaro, dijo:

—Si pasas por la huerta, anciana, llámame y te obsequiaré con alguna lechuga y unas pocas habas.

Y se alejó”.

Mientras deambula corriendo por los cerros, angustiada, Jadula oye las campanas de un monasterio. Se da cuenta que es pasada la medianoche, que se trata del llamado a cantar Maitines, y surge en su alma un pensamiento singular. “Mientras subía por la cresta de enfrente, más allá de los huertos, en lo alto del barranco, oyó sonar la campanita del monasterio, dulce, modesta, monótona, despertando los ecos de la montaña y agitando una suave brisa. ¡Entonces era medianoche, hora de Maitines! ¡Qué felices eran esos hombres que, muy pronto, desde la juventud, como por inspiración divina, habían sentido qué era lo mejor que podían hacer! —es decir, *¡evitar hacer desdichados a otros en este mundo!*—, y que todo lo demás era secundario. Esta filosofía la habían recibido como por herencia, y no importunaban su mente con la “búsqueda de la verdad”, *que nunca se encuentra*”. Sin duda, la mujer piensa que los monjes al renunciar a tener hijos evitan hacer desgraciadas a otras criaturas.

El final de la desesperada huida y fin de la novela es también una página maestra, cerrada por una expresión en que el autor parece reafirmar una objetividad matizada de piedad. La justicia humana ya ha condenado a Frangoyanú y la persigue. La justicia divina, en la que la mujer cree poder hallar perdón y paz, está un poco más allá en una ermita sagrada, que a la hora de la alta marea queda separada de la isla. Pero las aguas del inmenso mar que rodea la isla la rodean también a ella y le impiden llegar a esa anhelada paz. La anciana avanza a paso firme y el agua va subiendo hacia su cabeza:

“Frangoyanú estaba aún a unos diez pasos de San Salvador. Ya no hacía pie: se arrodilló. El agua salobre y amarga le entró en la boca.

“Las olas se hinchaban salvajemente, como hinchidas de odio. Le cubrieron las narices y las orejas. En aquel momento, la mirada de Frangoyanú se posó en Bostani, en la costa desierta del noroeste, donde le habían dado en dote una huerta, cuando de jovencita la casaron, la

colocaron y le eligieron sus padres, un marido que la tiranizara como la habían tiranizado ellos.

“-¡Oh! ¡Mi dote! –dijo.

“Esas fueron sus últimas palabras. La vieja Jadula encontró la muerte en el paso de San Salvador, en la laguna de tierra que une el promontorio de la ermita con la tierra firme, a mitad de camino entre la justicia divina y la humana”.

El autor, quizás tan conmovido como el lector, no ha condenado, esperando acaso, igual que la atormentada mujer, en una clemente justicia que está más allá de la humana.

MIGUEL CASTILLO DIDIER